BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION
Master Negative Storage Number: OCI00043.24

Control Number: ADT-5008
OCLC Number : 29714994

Author : F. B.
Title : Historia de la hermosa de los cabellos de oro / original de F.B.
Imprint : Madrid : Hernando, 1893.
Format : 24 p. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Title vignette, historiated initials.
Subject : Chapbooks, Spanish.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9-27-94
Camera Operator: CS

(TRES PLIEGOS.)



HISTORIA

DE

LA HERMOSA DE LOS CABELLOS DE ORO

ORIGINAL DE F. B.

MADRID
DESPACHO: HERNANDO, ARENAL, 11
1893

HISTORIA DE LA HERMOSA

DE LOS

CABELLOS DE ORO.

I.

LA LUZ DEL CASTILLO.



omo á dos leguas de uno de los primeros puertos que se encuentran en la costa de Cantábria, levantaba muy majestuosamente sus elevados torreones un soberbio castillo. Este se hallaba defendido del mar por unas enormes rocas, que imposibilitaba del todo el arribo de ningun buque, y mas de una familia tuvo que llorar la pérdida de padre ó esposo, hermano ó hijo, cuyo barco fué á estrellarse contra aquellas escarpadas masas.

Por la parte de tierra se dirigia al mismo por un camino como de tres varas de ancho. Enormes peñascos le defendian á derecha é izquierda, por lo que mas parecia un conducto que otra cosa. Al fin de este, que tendria de largo como un cuarto de legua, se veia una puerta de hierro de una hechura particular.

Era imposible acercarse al castillo por ningun otro sitio que por el designado, á causa de los mil precipicios de que estaba rodeado.

En la época que ocurrieron los acontecimientos que vamos á narrar, que era por el año 150...., corrian por aquellos alrededores noticias tan raras acerca de ese castillo, que cualquiera diria que eran extraordinariamente exajeradas. Empero tantas y tan diferentes versiones se hacian, que era un laberinto, del cual muy difícil parece que ningun mortal pudiera salir.

Era una tarde del mes de Mayo, cuando el sol empezaba á declinar. Veíase á veinte pasos del camino que terminaba al referido castillo, á tres personas. Dos de ellas, vecinas del pueblo inmediato, se hallaban escuchando, al parecer, lo que les preguntaba otra tercera, que montaba un lujoso y soberbio alazan. —¿Me dirán ustedes dónde me encuentro?— En el término de los fantasmas, contestó uno de los dos aldeanos.—¿De los fantasmas? repuso el caballero.—De los fantasmas, sí, señor, repitieron uno despues del otro los dos campesinos. El caballero, despues de mirarlos atentamente, dijo:—¿Podeis decirme cómo se llama el pueblo inmediato?—Se llama pueblo de....—¿Cuánto dista de este punto?—Una legua larga.—¿Habrá casa donde poder alojarme, pagando lo que

sea?—Difícilmente, señor; pero no teneis que pasar cuidado, pues en cualquiera de las nuestras sereis bien admitido.—Conforme; y dirigiéndose al que hablaba, le preguntó el caballero:—¿Me direis cómo os llamais?—Á mí, exclamó el interpelado, me llaman el Valiente; pero mi nombre verdadero es Rodrigo: este, que es primo mio, se llama Francisco.—Y bien, Rodrigo, una vez que todavía nos queda tarde, ¿me concederás la gracia que te voy á pedir? —Con mucho gusto.—Corriente; y el caballero se apeó de su cabalgadura, y sentándose sobre la yerba, que era fresca y espesa por hallarse cerca de aquel punto un arroyo, tomó asiento, teniendo las bridas de su caballo. También se sentaron los dos labriegos, y esperando con mucha curiosidad lo que les iba á preguntar aquel caballero. Este, despues de un momento de silencio, le interrumpió diciendo:

—Yo soy natural, segun parece, de Castilla. No tengo padres ni parientes conocidos, y aunque nada me ha faltado para atender á mi subsistencia con toda comodidad, sin embargo, esto de no poder indagar quiénes eran los que me favorecian, me ponia de un humor desesperado. Crecí y conmigo los deseos de saber mi nombre.... mi apellido. Cuento veinte y cuatro años de edad; cuatro hace que no hago otra cosa que viajar. Dejo al acaso la direccion del camino que he de llevar; si en mi marcha tropiezo con dos ó mas veredas ó atajos, mi caballo toma el que mejor le parece, y me dejo conducir. Como jóven aventurero, no anhelo otra cosa mas que oir historias, cuentos, lances y desafíos, y esta es la causa de que, al escuchar el nombre de este sitio, excitase en mí una curiosidad sin límites, y os pidiese el favor que ahora mismo os voy á explicar. Me habeis dicho que este terreno es el de los fantasmas, ¿no es así, Rodrigo?—Cierto, caballero.—Decidme: y para bautizarle con ese nombre, ¿no ha habido alguna aventura que haya sido la causa de ello?—Sí, señor; y pavorosos se miraron los aldeanos.—¿Os infundo miedo? ¿Desconfiais de mí? —Nunca. Al notar en nosotros el estado de temor, de sobresalto, no creais que nos lo infunde vuestra noble y agraciada presencia; no, señor: es que pasan por estos alrededores lances y aventuras tan sobrenaturales, que temblamos al recordarlas.—Mucho me interesa cuanto me habeis dicho; este es el país, segun parece, destinado por la Providencia para ser teatro, segun contais, de escenas, á la verdad, sorprendentes. Con que, si no lo llevais á mal, empezad la relacion de lo que os he pedido.—Así lo haré, dijo Rodrigo; y se expresó de esta manera:

—Muchos años hace que en el centro de aquellos árboles, inmediatos al pueblo, existía una modesta casita. La habitaba un anciano y una hija, que era tenida por la mejor y mas linda de la comarca. Esta era obsequiada por un caballero que hacia poco tiempo se habia establecido en el pueblo. Lo cierto es, que pasados algunos meses, el caballero, que se llamaba Gustavo, se iba desmejorando terriblemente. En el pueblo ya se decia si habian visto ó no fantasmas rodear la casita del anciano, cuando una noche sentimos un ruido igual al producido por el choque de un número crecido de espadas. Este duró como una hora escasa, en cuyo tiempo ninguno del pueblo se atrevió, no solo á salir de su casa, sino ni aun á asomarse á la ventana. Luego cesó y á pesar de todo nadie durmió, y se encomendó cada cual al santo que mas devocion tenia. Amaneció, y con asombro vimos á Estéban, el mejor y mas valiente de los mozos, que yacía tendido en medio de la plaza y sin casi señales de vida.

Divúlgase la noticia entre los vecinos, y todos acuden en union con el alcalde. Su estado nos conmovió: de vez en cuando se le oia decir entre dientes: ¡fantasmas!..... almas del otro mundo, ¡no me persigais! . ¡perdonadme!...

¡no me mateis!.... ¡que tengo hermanas y madre, y van á quedar desamparadas!.... ¡no hay quién me socorra!.... Luego gritaba: ¡ahí están!.... ¡miradlas!.... ¡miradlas!.... ¡que me clavan un puñal!.... ¡yo muero..... misericordia..... Se... ñor!

En tan lastimoso estado siguió por algunas horas: al término de ellas, en un ataque, que fué mayor que los demás, padeciendo horriblemente, espiró entre los llantos y suspiros de cuantos presenciamos tan lastimosa escena.

Aquí hizo alto Rodrigo, y pasó un pañuelo por el rostro para limpiar el sudor y lágrimas que por él corrian.

—Prosigue, le dijo el caballero.

Por mandado del señor alcalde se armaron algunos de espadas y garrotes, y todos temblando, por supuesto, emprendimos la marcha hácia la casita de campo. Próximos al sitio, en aquella esplanada que se divisa entre el pueblo y la quinta, nos encontramos al caballero Gustavo muerto. Tenia siete heridas, mutilados los miembros y desfigurado el rostro. Continuamos y llegamos á la casa; llamamos, dimos voces; nadie nos respondió. Entonces el alcalde intimó la órden de echar la puerta abajo y entrar; pero nadie le obedeció, cuando de pronto oimos el ruido sordo producido por un número excesivo de cadenas. Solo una voz se escuchó: «¡*Dios nos ampare!*» Y emprendimos á correr en direccion del pueblo. Esta es la hora que nadie ha sabido quién dió aquella voz.

Esparcióse por las familias cuanto habia pasado, y todos se intimidaron. Llegó la noche, y al dar el reloj las doce nos despertó un ruido tan grande y fuerte que no tiene comparacion con el producido por un trueno. Como la explosion traia la misma direccion que el choque de armas de la noche anterior, todos nos sobrecojimos, y desvelados estuvimos esperando el dia. Llegó, y nadie se atrevia á salir de su casa é ir á averiguar el hecho de la verdad: entonces yo me decidí y marché para el referido punto. El caballero Gustavo habia desaparecido, como igualmente la quinta, pues el sitio que habia ocupado estaba llano como la palma de la mano. Vuelto al pueblo, referí cuanto habia pasado, y de esa época dimana el que se me dé el sobre nombre de Valiente.

—Y lo acreditásteis ¡vive Dios! dijo el caballero sonriéndose.

En este tiempo habia anochecido. Francisco no hablaba, nohacia mas que observar con la boca abierta cuanto relataba su primo.

—Por cierto que me ha gustado tu narracion, y es positivo que hubiera dado mi caballo por haberme hallado en tu lugar. Algo más habreis descubierto.—Sin embargo, replicó Rodrigo, ocasion tendreis si permaneceis algun tiempo entre nosotros, de averiguar cosas que pasan, quizá un poco mayores que las que acabo de referir

—¿Como es eso, Rodrigo?—Silencio, esclamó Francisco poniéndose en pié. *Sálvese el que pueda,* y escapó corriendo en direccion del pueblo; inmediatamente le siguió Valiente, el que, en la presente ocasion, desmintió el nombre que en otra alcanzara.

El caballero gritó: Rodrigo, ¿qué has visto?

Este contestó sin dejar de correr: *La luz del castillo.*

Montó á caballo el jóven, observó por todas direcciones y nada vió. Ansioso porque le contasen la causa de aquel asombro, picó espuelas para alcanzar á los fugitivos.

II.

LOS FANTASMAS.

El jóven caballero, que estaba en lo mejor de su edad, y que contaba, como él dijo, veinticuatro años, era de una estatura alta, carnes regulares, proporcionadas á su talla, moreno, ojos negros y grandes, frente espaciosa, pelo negro, el que le cubria formando bucles sobre sus hombros; por último, tal era el conjunto de facciones y galas con que la naturaleza le habia favorecido, que pasaba por un hermoso y apuesto caballero. Manejaba con destreza toda clase de armas, y tenia un corazon tan varonil que nunca llegó á intimidarle ni el nombre de un valiente, ni los azares, ni mucho menos los peligros ni los aparecidos, que en la época á que nos referimos eran el bú de nuestros sencillos antepasados.

Llamábase Fernando, y por sobrenombre el *Desconocido*, título que le daban porque no se conocia á su familia.

Llegaron los tres á la casa de Rodrigo, y despues de haberse sentado, el jóven, impaciente, se dirigió á él y le dijo:

—Tranquilos y algun tanto repuestos del cansancio, debido á vuestra precipitada fuga, espero me sacareis del estado de incertidumbre en que me encuentro.

—Caballero, como extraño en este pueblo, no conoceis sus cercanías, ni estais en los pormenores, bastante sérios por desgracia. La luz del castillo que hace poco oisteis pronunciar, revela tan grandes aventuras y hechos tan sumamente extraordinarios, que es seguro se podria escribir un grueso volúmen. Esto no es decir que todo cuanto se refiera sea cierto; pero desengañaos, caballero; algo de fatídico y de verdad se trasluce en medio de tanto como se relata. Lo que hay de verídico es que una noche se quedaron en el campo á dormir dos labradores vecinos nuestros, y dejándose oir el lejano rumor de los truenos, precursores de una tormenta, se acogieron á la concavidad que formaban unas enormes piedras á la derecha del camino, que estaba á poca distancia de donde esta tarde nos encontramos. La tormenta se les echó encima, y empezó á caer á torrentes el agua, acompañada de un viento tan excesivo, que al dia siguiente se encontraron algunos árboles tronchados por su centro. Guarecidos como se hallaban encendieron una hoguera en el centro de su cueva y dispusieron su cena. Ya habian concluido, y disponíanse á recostarse en el suelo, cuando á pocos momentos sintieron un gran número de personas que se acercaban. Acercóse uno de ellos, y, pásmese usted, caballero, se encontró con una infinidad de luces, que las llevaban un sin número de hombres, dije mal, de fantasmas á caballo. Entónces llamó al otro, y apretando sus manos, sin respirar para no ser sentidos, estuvieron observando cuanto pasaba. Los farasteros siguieron por el camino y entraron, segun dijeron, por el espacio que mediaba entre dos grandes piedras. Pero lo pasmoso no es eso, sino que en el centro iba una mujer jóven, y tan hermosa, que si no hubiera sido por los fantasmas, diríase que era una divinidad; y cuentan que los fantasmas la tenian tal respeto, que no hacian otra cosa sino mirarla por si algo les mandaba.

—¿Y se la ha visto alguna vez? preguntó interrumpiéndole el *Desconocido*.—Sí, señor, varias veces. Nosotros la llamamos *La Hermosa de los Cabellos de Oro*, por la dorada y preciosa cabellera. ¡Qué lástima, caballero, que una jóven con tantas gracias sea la reina de los fantasmas, y que les dé órdenes tan terribles como las que ellos ejecutan!

—¿Y no habeis notado alguna otra cosa?—¡Ah, sí, señor! Como hay personas tan singulares, pasmaos, no ha faltado quien se ha enamorado de ella, y no uno, sino muchos.—¿Y cómo sabeis eso?—¿Cómo? Bien á nuestro pesar. Raro es el mes que por sus alrederores no se encuentre el cadáver de alguno de esos mal aconsejados amantes. En el pueblo todo circula: lo que uno no vé, lo observa otro, y en la reunion de la noche se cuenta todo.—Decidme: todos cuantos han muerto, ¿ha sido en desafío?—Unos sí, porque los han visto; de otros no podemos decir lo mismo.—¿Se ha recogido en el pueblo á algunos de ellos?—Su entierro corre por cuenta de los aparecidos.—¿Habeis presenciado alguno de esos desafíos?—Ciertamente.—¿A caballo ó á pié?—A caballo.—¿Ninguna noticia más se ha adquirido sobre el castillo y sus habitantes?—Ninguna.—Pues con vuestro permiso me voy á descansar.

Acompañóle Rodrigo al aposento que le destinaron, y se retiró.

Luego que se quedaron solos los dos primos, tomó la palabra Rodrigo.—Dime, Francisco, ¿qué te parece nuestro huésped?—Me parece un jóven muy bravo, muy apuesto, capaz de hacer cuanto pueda en obsequio de sus semejantes.—¿Nada más?—Sí; preveo que será algun tanto temerario.—No te has equivocado; y es muy gallardo.—Sobre todo, ¡qué bien monta á caballo!—Así es.—¡Qué lástima, Rodrigo, que lleve una vida tan errante!—Verdad es.—Bien merecia otra suerte.—Sí, buena se la has preparado tú, aunque sin querer.—¿Cómo?—Ya habrás advertido que tú solo has sostenido la conversacion ó relacion con él. Pues en el ínterin he inspeccionado sus modos y maneras, su rostro, sus ojos, y veo que estos son el espejo de su alma. Hé aquí, primo mio, el por qué he sentido que hayas complacido su curiosidad. Donde le vés, tan jóven y tan hermoso, tan osado será para todas empresas que acometa. Y mucho me engaño si mañana no empieza á poner en juego su talento por descubrir lo que pasa en el castillo.—¿Qué hablas, Francisco?—Lo auguro; y tú serás responsable de la muerte de ese jóven; porque, no hay la menor duda; si se empeña en llevar adelante su loco intento, su perdicion es positiva.—¿Y qué hemos de hacer en este caso?—No lo sé, mañana veremos el medio mejor que hemos de emplear para ayudarle, caso que no le podamos disuadir. Con que buenas noches, primo.—Buenas noches.

Ya los dos se retiraban á su respectiva habitacion, cuando Rodrigo dijo en voz baja á Francisco:—Te has decidido á protegerle?—Sí.—A pesar de... —No lo nombres, por Dios.—«*Sí que lo nombrará*.» Contestó una voz fuerte y sonora que parecia descender del desvan.

III.

LA GITANA.



L *Desconocido* despertó á poco de hacerlo los demás de su familia. Saludó, como era natural, y fué contestado con toda urbanidad. No bien hubo tomado asiento, cuando oyeron una campanilla.

—¿Qué indica ese lúgubre sonido? preguntó el *Desconocido*.—Es una infeliz gitana que de ese modo implora la caridad pública; pero....—¿Qué? —Pero las desgracias de la pobre encuentran poco eco en los ánimos de estos habitantes.—¿Y cuál es la causa?—Porque dicen si es bruja, si tiene ó no pacto con el diablo.

El eco producido por la campanilla se iba aproximando, cuando el *Desconocido* esclamó:—Llamadla; decidla que pase; quiero hablarla.

Al punto fué obedecido, y la gitana fué introducida á la presencia del caballero. Tímida, haraposa, descalza de pié y pierna, y sin nada que cubriese su canosa cabeza, se presentó una anciana, con su rostro tostado y descarnado, igualmente que sus brazos. En ella estaba retratado el cuadro de las privaciones, de la miseria y del hambre.

—¿Cuánto tiempo hace que no os habeis alimentado? la preguntó el caballero.—Algunas horas.—Y al salir pidiendo, ¿recogeis algunas limosnas?—Son tan pocas, que difícilmente bastan para mi mantenimiento.—¿Cuál es la causa de que usen para con vos de tan poca caridad?—Segun he oido á algunas personas, el ser gitana; otras el ser bruja, y otras, la espía de los fantasmas del castillo.—Al denostaros con este último apodo, sus razones tendrán.—No existe otra más que, no sacando las suficientes limosnas en el pueblo, recorra á duras penas sus alrededores, y como es consiguiente el castillo donde dicen que existen fantasmas.

Al oir el *Desconocido* las últimas palabras de la gitana, suplicó que se retirasen todos cuantos se hallaban presentes. Así lo hicieron; y convencidos de que nadie los escuchaba, echó mano á una bolsa, y sacando de ella unas monedas de plata, se las entregó diciéndola:—Esta recompensa en nada vale á lo que yo os daré si, como creo, me ayudais en lo que os necesito.—Caballero, contestó la gitana, apretando convulsivamente las monedas como si creyese se le fuera a escapar, estoy dispuesta á complaceros en cuanto me mandeis.

—¿Cuántas veces habeis frecuentado el castillo?—A punto fijo no lo sé, pero bastantes.—¿De qué medio os habeis valido?—Primeramente daba dos golpes, y salían á recibirme; á la cuarta vez me mandaron entrar.... pero, por Dios, caballero, que nada de cuanto aquí os refiera conteis á nadie, pues mi perdicion y la vuestra era infalible.—Por la cuenta que nos tiene guardaré el secreto; además de que yo soy callado por excelencia.—Siendo así, corriente. Pues como os iba contando, á la cuarta vez se me mandó entrar. Así lo hice. De lo que la primera vez me pasó, yo no lo puedo decir: ¡qué salones! ¡qué

lujo! ¡qué cosas tan preciosas! ¡qué tiestos tan primorosos! Por último, despues de pisar por infinidad de flores y de respirar la fragancia mas hermosa, el ambiente mas puro, me encontré á la entrada de un gabinetito tan pequeño y de tanto lujo, que superaba en mucho á los otros salones. En el centro de él habia recostada una jóven tan bella, tan hermosa, que nunca jamás han admirado ni una sola de las mil gracias y galas que aquella posee. Turbada y sin poder definir lo que en mí pasaba, me quedé en el dintel de la puerta, cuando la jóven con una voz tan clara y tan dulce, me dijo: pasad, anciana, y empezad á contarme vuestras penas, vuestra historia. Así lo hice; y despues que concluí mi triste relacion, la hermosa jóven me puso unas monedas en la mano, manifestándome quedar cumplidos sus deseos, con lo cual me despedí y salí del castillo. Ahora, si á vos no os molesto, os la contaré.

—Con mucho gusto la escucharé, le contestó el caballero.

—Nada os puedo decir sobre mi nacimiento, prosiguió la anciana, porque nada sé. Cuando tuve alguna edad me encontré en compañía de unos gitanos. Ellos me dijeron que me habian recogido muerta de frio y lieda en unos andrajos en la grada de la puerta de un templo. Unicos datos que he podido recoger sobre mi nacimiento. Educada en su escuela, aprendí á echar la buenaventura y á hacer algunos juegos de manos. Su comportamiento para conmigo era bien funesto, por desgracia: todos se encontraban con derecho de insultarme, de castigarme: solo una, la mas anciana de todas, era la que se compadecia de mi situacion; ella me aconsejaba, me animaba y me socorria, y hasta me defendía de mis verdugos. Como el alimento escasease, la que pagaba era yo; mas mi ángel protector guardaba algunos restos, y de ocultis me los entregaba. Con semejante proteccion pude resignarme y sufrir los mil disgustos que con su comportamiento recibia á cada paso. Mas fuí creciendo, y aquellos cesaro, debido sin duda á mis gracias juveniles y á la gran utilidad que yo les reportaba En medio de esa vida holgazana, y si se quiere perdida, tenia mis placeres. Siempre que me llamaban para decir ó profetizar á algunos lo que les iba á acontecer, sentia un gozo interior que me conmovia, y mucho mas si al retirarme me llamaban, como casi siempre sucedia, hermosa, bonita, preciosa. Sin educacion y sin mundo, me llenaba de orgullo, y cuando á mil les aseguraba ó pronosticaba que iban á ser felices, á casarse con personas muy ricas, que iban á ser grandes señores, mi imaginacion se exaltaba y me llegaba á creer que estaba destinada para ser una potentada. Cuando mas me buscaban las altas personas, más crecian mis ilusiones, mis esperanzas de ver cumplidas mis esperanzas, de ver cumplidos mis deseos. Así seguía, cuando mi protectora, que estaba mala, me llamó un dia, y me dijo: Querida, se aproxima á pasos agigantados mi última hora. Como nadie, sino yo, se ha condolido de tu situacion, antes de morir tengo que darte algunos consejos, y deseo (aquí bajó la voz, inclinándose hácia mí) entregarte una joya que no tiene precio. Además, los consejos que tengo que darte, son los siguientes: eres jóven, estás en lo mejor de tu vida, y por ningun título te conviene seguir con esta familia..... dije mal, con esta canalla. No creas que ha pasado desapercibida tu belleza, no, no lo creas. Me consta que no es uno solo el que está enamorado de tu figura: huye, hija mia, de esta gente que no tiene mas ambicion que llegar al fin que se propone; que son como las aves de rapiña, que otro tanto que ven, otro tanto desean, y se lanzan á su presa con la mayor ligereza y sin temor de ninguna especie hasta que la despedazan..... Hija mia, las fuerzas me faltan; no..... puedo.. proseguir..... Toma..... guárdalo..... pues este será tu salvador.... En ese papel hallarás escrito lo que debes hacer y las reglas que has de observar..... y serás feliz..... Adios..... ¡No puedo más!..... Y apretándome la

mano, noté un sudor frio, de hielo, que corria por su cuerpo..... sus dedos se crisparon..... y la pobre, en un esfuerzo que hizo, quiso continuar hablándome; pero no pudo pronunciar mas que «¡huye..... huye!.....» y la voz espiró en sus labios: dejaba de existir.

Desesperada con la muerte de mi protectora, tomé una resolucion decidida. Salí de la casa llevándome lo poco de que podia disponer; desaparecí de entre aquellos séres depravados. Viví feliz por algunos años, mientras fuí jóven. Poco conocedora del mundo y de sus engaños, me conduje como cervatilla que se arroja impávida á correr el espacio sin comprender que mil cazadores la esperan y acechan para aprisionarla en sus redes. Así me sucedió. Contaros ahora los diferentes amoríos y lances que en mi vida ocurrieron, lo creo escusado. Baste deciros que, dado el primer paso en la carrera del vicio, se da el segundo, y así sucesivamente. Llegué á la vejez y aunque en mi vida tumultuosa pude haber ahorrado algun dinero, hice demasiado quizá, lo que todas, derrochar, sin tener presente que llegaria un dia en que necesitaria las sobras que de mi mesa mandaba se arrojasen á los perros. Hé aquí mi vida, señor.

—He quedado muy satisfecho del relato que me habeis hecho; pero dispensadme si os hago algunas preguntas.

—Como gusteis.

—Me dijísteis que vuéstra protectora os habia regalado un talisman.

—Es verdad.

—¿Y habeis hecho uso de él ó lo perdisteis?

—Ni lo uno ni lo otro. Como no sabia leer ni tenia confianza con nadie, lo guardé. Cuando jóven nada me faltaba; como tal, mi secreto seguía de igual manera. Luego que lo necesité, tampoco hice uso de él, porque no encontré un alma que comprendiese la mia, que me fuese fiel. Posteriormente lo he tenido oculto por desconfianza, pero, por fortuna, cuando creia que muriese conmigo, os habeis presentado, señor. Vuestra generosidad me ha llamado la atencion, me ha conmovido. Y echando mano á un bolsillo sacó una cajita, y poniéndola en manos del caballero, le dijo:

—Os entrego mi secreto; haced de él el uso que mejor os parezca; es cuanto poseo.

Ya se iba á retirar, cuando el caballero la llamó y la dijo:—Al admitir vuestro regalo, faltaria á mi deber si no os recompensase como se debe: primero admitiendo este bolsillo; con lo que en él se encierra lo pasareis regularmente; y segundo, admitireis esta sortija para que me dediqueis un recuerdo.—Gracias, caballero: Dios os dé toda la felicidad necesaria.

IV.

EL ESCRITO.



Hallándose solo el caballero, abrió la cajita, y despues de quitar varios escritos con caractéres incomprensibles, tropezó con un papel, dentro del cual se encontraba una piedrecita azul por un lado y colorada por el otro. Su hechura era plana, como de dos líneas de espesor, seis de largo y tres de ancho. La estuvo reconociendo, y nada de particular tenia.

Abrió el papel y leyó lo siguiente:

«El mortal que por su suerte se apodere de esta piedrecita, desde el mismo momento en que la posea puede contarse por

feliz y venturoso. Cuanto ambicione, cuanto desee, otro tanto conseguirá.... El oro, riquezas y alhajas se pedirán poniendo la parte azul hácia abajo, y la colorada al contrario; para las cosas imposibles..... al revés. Si alguna vez quisiera ocultarse de todos, aunque se halle entre mil personas, no tiene mas que ponerla de lado; lo mismo que si quisiera andar el espacio con la mayor brevedad, se pondrá un poco mas inclinada. Que aprecie en cuanto vale este portento, y nunca lo separe de su lado, pues á su mágica influencia podrá ser lo que quiera, y disponer de todo. Solo encargo al mortal que lo posea, que lo legue á su muerte, pues seria una desgracia que este talisman se perdiese. Sed feliz.»

—Pues señor, si es cierto cuanto esto indica ¿quién mas dichoso que yo? Sin embargo, muy pronto, esta noche lo pondré á prueba. Con esta halagüeña idea pasó el dia, esperando con impaciencia á que llegara la hora conveniente para la ejecucion de su plan.

Al dar las doce en el reloj del pueblo, toda la gente de la casa se recogió. El jóven caballero se retiró á su cuarto, y cuando observó que todos dormian, sacó su piedra, y, puesta en la mano, dijo: Ea, llegó la hora; mi peticion, por ser la primera, debe ser, si se quiere, imposible; pero por lo que pueda suceder, armémonos. Dispuesto ya, lleno de ilusion, de esperanza y de valor, pidió el ponerse delante de la *Hermosa de los Cabellos de Oro*. En el mismo instante en que hizo la peticion desapareció, quedando su habitacion en el silencio mas profundo.

V.

UN SUEÑO.



Una jóven de dorada cabellera dormia recostada en un sillon que se hallaba en un lujoso gabinetito. Los balcones, que daban á un precioso jardin, estaban abiertos y daban paso á un olor esquisito que despedian mil flores aromáticas y que embalsamaban el aire que respiraba la *Hermosa*. Todavía se oia el rumor de la música, con cuyo sonido se habia adormecido. Por la sonrisa que asomaba á sus labios se comprendia que era feliz. Poco tiempo pasó en esta actitud. El sueño fué desapareciendo y la jóven entreabrió sus ojos. ¿Qué hora será? preguntó; mas nadie respondió. Dirige su mirada al reloj que enfrente y sobre una mesa habia, y esclamó: «las doce.» Y volvió á reclinarse y, como por costumbre, á cerrar sus párpados. La música seguia, y aquel gabinete no parecia sino la mansion, el templo de la felicidad. Un ligero ruido hizo á la bella volver en sí. Pero cual sería su asombro al ver á sus pies á un elegante y apuesto caballero, que la tenia cogida una mano y que fascinado la miraba como si estuviera contemplando á una diosa.

La jóven, admirada, creia estar poseida de un sueño en que su imaginacion

presenciaba una de esas escenas difíciles de explicar, pero que, sin embargo, nos acontecen de vez en cuando. Como una de sus manos la tenia el jóven, que no hacia otra cosa mas que observar hasta sus menores movimientos, llevó la otra á sus ojos con el objeto de desvanecer la sombra fantástica que ella creia la impedia ver lo que en efecto era una realidad. Este fué el momento que escogió el jóven para sacarla de su error.

—Señorita, perdonad al jóven temerario, que guiado solo por el deseo de veros, de admiraros, ha tenido la audacia de ponerse á vuestros pies. Sé, señora, que he delinquido; pero sois hermosa, y como tal sabreis perdonar. Mi delito no es otro que, enamorado de vos por oidas, venia á ver si era cierto cuanto de vuestras gracias, de vuestra belleza se contaba. Y juro á fé de caballero, que en nada han exagerado, pues vuestra hermosura excede de todo elogio, y no hay pincel que pueda copiarla, ni labios que puedan alabarla cual merece. La jóven sobresaltada, le dijo:

—¿Pero es cierto, caballero, que no seais una vision?

—Tan cierto, señora, como que vos sois no un ser humano, sino un ángel.

Algun tanto repuesta la jóven, pero con voz muy dulce, pronunció:

—Caballero, ¿sabeis en el compromiso en que os hallais y en el que me habeis puesto?

—Lo ignoro: al acometer tamaña empresa no he consultado mas que con mi corazon.

—¿Y sabeis, vuelvo á repetir, que al pisar este gabinete vuestra vida corre peligro?

—No lo sabia; pero, si así es, la perderé satisfecho, pues al menos he tenido el consuelo de admiraros.

No sabia la jóven qué admirar más, si la galantería del jóven caballero, su fascinadora mirada, ó el valor, si se quiere temeridad, con que por ella despreciaba los peligros y esponia su vida. La jóven sintió una impresion favorable hácia aquel, la que iba creciendo por momentos. Pero su estado era cada vez mas crítico. Ya no miraba por ella, sino por el jóven. Este conoció lo que ella padecia, y se expresó de este modo.

—Veo por vuestra fisonomía el estado de agitacion en que os encontrais. Mas tengo que haceros presente, que por mí nada debeis de temer.— ¡Cómo! costestó la *Hermosa*.—Ahora lo sabreis; y tomando un sillon se sentó, y continuó: Soy huérfano, señora, huérfano, porque esta es la hora que no sé á quién debo mi existencia. De tiempo en tiempo me encuentro repuesta mi bolsa, y nada me hace falta. Hasta hoy no he sabido ni sé cómo se componen para darme dinero, ó ponerlo en mi bolsillo. De nada me he cuidado. He seguido impávido el camino que el azar ó el destino me ha señalado. La Providencia, sin duda, ha hecho que me aproximase á vuestro castillo y que oyese lo que de vuestra singular hermosura se decia. Cuando ideaba el modo de presentarme ante vos, la casualidad me salió al encuentro y me proporcionó el medio de conseguirlo sin ser visto ni oido. A las doce lo intenté, y en el mismo instante estaba ya en vuestra presencia.

Hé aquí mi relacion. Ahora espero de vos, que sois tan amable, correspondais haciendo una fiel relacion de quién sois y de lo más notable de vuestra vida.

—Caballero, nada de particular puedo deciros respecto de mi historia. En la edad que tengo, muy poco ó nada puedo referiros. Pocas veces he salido del castillo en que me veo. Cuantos me sirven, otros tantos llevan el rostro encubierto. Solo he visto algunos aldeanos y aldeanas. He comprendido que, en este fuerte, porque así debe llamarse, pasan cosas sobrenaturales. En ciertas y de-

terminadas horas se oyen ruidos estrepitosos, voces lastimeras, quejidos cual si estuvieran enfermos y próximos á sucumbir. Paseo por el jardin lo menos que puedo, por lo que acabo de insinuaros, y en seguida vuelvo á meterme en este cuartito. Nunca he tenido más visita que la de una pobre anciana y uno de los enmascarados.

—Pues, decidme, ¿qué horas tiene para visitaros vuestro guardian?

—¿Mi guardian?

—Sí, señora; porque, ¿qué otro nombre puede darse al que para veros usa de un antifaz?

—Es verdad. Las horas varian, no son fijas, y este es un motivo por lo que estoy con cuidado respecto á vos.

—Pues qué, ¿á las altas horas de la noche tambien viene á veros?

—Nunca; pero sí lo hace al amanecer, que es la hora en que acostumbro á bajar al jardin á cojer flores para renovar las que tengo en esos jarrones.

—¿Y nunca os ha hablado de vuestros padres, ni de otra cosa que os pueda interesar?

—Jamás.

—¿Y qué educacion os han dado?

—¡Oh, sobresaliente!

—¿Qué decís?

—Vos mismo vais á juzgar de lo que acabo de decir, dijo la jóven con la mayor inocencia.

Fué á una mesa, y cogiendo porcion de lienzos pequeñitos, se los presentó.

El caballero quedóse admirado al contemplar un número de paisajes tan bien concluidos, que podian competir con los mejores de nuestros más sobresalientes pintores. Algunas copias, que en nada desdecian de los originales, y dos retratos, de los cuales arrebató con delirio uno, y exclamó:

—Señora, un favor, una merced tan sola tengo que pediros.

—Decid, caballero.

—La posesion de este retrato.

—Si no es mas que eso, concedido.

—¡Oh! gracias, señora, gracias; y cogiendo una de sus manos imprimió un beso en ella. La jóven, con una sonrisa angelical, veia los trasportes del caballero, y tal confianza le habia llegado á inspirar, que no hizo ningun movimiento en contra.

Arrolló el caballero el lienzo y lo ocultó en su pecho, esclamando: Ssñora, ¿no me direis vuestro nombre?.

—Mi nombre es Tarsila; ¿y el vuestro caballero?

—El mio es Fernando.

—Voy á proseguir, continuó la *Hermosa*, enseñándoos los adelantos que, sin salir de este cuartito, he hecho, gracias á los profesores que he tenido, sin conocernos, porque tambien me enseñaban enmascarados. Cogió de la mano al caballero y le introdujo por una puerta secreta á otra pequeña habitacion.

Hé aquí mi cuarto de música; y cogiendo el arpa, instrumento favorito de la bella, empezó á recorrer con sus preciosos dedos las cuerdas de oro, cuyos sonidos embargaban las potencias del que en aquel momento, y por primera vez, la escuchaba.

Ella siguió tocando; mas hubo un momento en que, no solo él estaba fascinado, sino que ella tocaba sin saber por qué: su imaginacion, su pensamiento estaba fijo en el galante y jóven caballero. Esta especie de enajenamiento fué interrumpido por Fernando, diciendo:

Señora, ¿os hallais tan adelantada en el canto como en la música?

La jóven, medio ruborizada, contestó: Muy poco.

—Sin embargo, no me privareis del gusto de oir el metal de vuestra voz.

—Haré por complaceros; pero os suplico seais indulgente.

La jóven, despues de algunos preludios, entonó la siguiente cancion:

LA CAUTIVA.

Aquí encerrada
cual flor perdida,
paso la vida
sin ilusion.
Tengo alterada
el alma mia...
no goza un dia
mi corazon.

Feliz yo fuera
si mi destino
otro camino
me hiciera ver.
Veloz, ligera,
cual navecilla,
del mar la orilla
fuera á correr.

Solo aquí existe
pena y quebranto...
entre mi llanto
suelo decir:
Cautiva y triste,
como hado fiero,
¿qué es lo que espero?...
¡Solo el morir!

Fernando, entusiasmado, se echó á sus pies, y esciamó: Nunca, jamás sucederá, ángel mio, mientras yo viva. ¡La muerte! ¡Triste palabra! Mas os juro, vive Dios, que mientras este corazon exista, este brazo estará siempre dispuesto para delenderos. ¡Vos morir! Eso es imposible. Dios no nos ha enviado á un serafin para llevárselo al momento. La voluntad del Altísimo está conocida: vivircis, sí, y vivireis porque de lo contrario moriria yo. La jóven, fascinada y llena de emociones, se dejó llevar de su puro é inocente corazon, y le interrumpió diciendo: Ese mismo Sér que habeis nombrado no lo permitirá.

—Decidme, por la Vírgen, señora, ¿me concedereis vuestro amor? La *Hermosa* bajó los ojos y se puso como la grana. Fernando la cogió de una mano y observó que temblaba.

—Por segunda vez, señora, la dijo. ¿Me concedereis vuestro amor? y el caballero palideció. Ella, al ver el cambio en el rostro del que ya podia llamarle su amante, conmovida pronunció un *sí* que llenó de placer al jóven caballero.

Un sonido producido por el contacto de una varilla de hierro en un tubo metálico, les hizo salir á los amantes del enajenamiento amoroso en que se hallaban. Asustada la jóven, se levanta, abre una ventana y observa que es de dia.—¡Somos perdidos! fué lo que pronunció.—El por qué, Tarsila.—¿Por qué? Ese sonido es el que indica que me prepare para bajar al jardin, y que está para entrar el enmascarado.—Y bien, ¿por qué ese temor?—Por vos, que es indudable que iríais á parar á un calabozo, donde gimen otros muchos solo por ser curiosos y observar lo que en el castillo pasa.—Si por eso es, no tengais ningun cuidado, que aquí conservo un talisman que nos sacará de todos los apuros. Y sacando su piedrecita se la enseñó á su amada, y, despidiéndose de ella hasta las doce de la siguiente noche, desapareció de su presencia.

La jóven no pudo menos de quedar pesarosa, pero con la espenraza de que aparecería la inmediata noche, y con ella las horas de una felicidad que jamás habia disfrutado.

El héroe de esta historia pasó el dia tranquilo y entregado al descanso. Durante la comida, Rodrigo dirigió la palabra al caballero, diciéndole: Señor, mi primo Francisco espera vuestro permiso para hablaros de un asunto que os interesa.—Dile que le tiene, repuso el jóven.

—Lo que tengo que deciros, dijo Francisco, es cosa que he presenciado esta noche, y que nadie me lo podrá negar. Instigado yo con la idea de lo mucho que os ha interesado cuanto nos habeis oido referir acerca del famoso castillo, me decidí anoche á ver si podria hacer algun descubrimiento que os sirviera de alguna utilidad para cualquier empresa que intentáseis. Al efecto salí de casa resuelto á arrostrar todos los lances que me pudieran acontecer, y serian las ocho cuando me encontraba frente de la cueva, que en otra ocasion referimos, con direccion al castillo, y recorriendo aquellos sitios, veo de pronto una sombra extraordinaria, blanca, muy alta, tanto como la torre del pueblo. Entónces me estremecí un poco, pero agazapado detrás de un matorral estuve observando sus movimientos: tan pronto se reducia su elevacion como tomaba mayor incremento. Luego que desapareció empecé de nuevo mi caminata. Como iba marchando á la ventura, llegué despues de mucho tiempo á corta distancia del castillo, cuando sentí el ruido de una porcion de campanillas; ábrese la puerta, sale una serpiente tan enorme, y dando unos silbidos que se le metian á uno por los sentidos. Al verla, perdí la razon, y ya empezaban á flaquearme las rodillas, cuando, sacando fuerzas, no pude menos de echar á correr, y sin saber cómo me hallé á la puerta de mi casa, y estoy por deciros que todavía no me se ha pasado el susto.

—Muy pronto se os pasará, dijo el caballero, si, como creo, me acompañais esta noche.

—¡Yo!...

—¡Yo!.... contestaron uno despues del otro los dos primos.

—Sí, es preciso, si no quereis que todo el pueblo os tenga por unos cobardes; y así, teneis que acompañarme esta noche, pues es mi gusto desenredar esta madeja y averiguar lo que en ese castillo pasa. Con que á disponer lo necesario. Armas ya las tengo. Silencio, y á las siete en punto en esta casa.

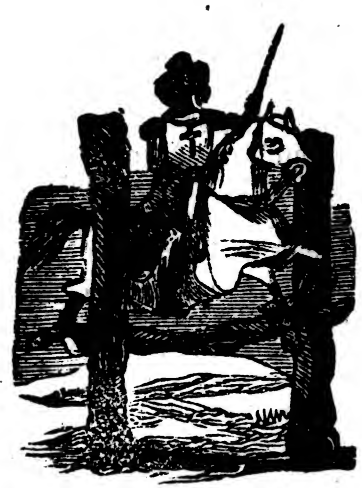
—A dicha hora todo estará dispuesto, replicó Francisco. Espero que vos nos hareis valientes.

—Creo que lo conseguiré.

No bien se retiraron los dos primos, cuando Fernando cayó en su lecho con un sueño profundo, fantástico é ilusorio.

IV.

EL RECONOCIMIENTO.



HALLÁBANSE al sonar las siete los tres jóvenes armados en la misma habitacion que los dejamos.

—Los caballos, ¿están preparados?

—Todo está dispuesto, señor, contestó Rodrigo.

—Pues pongámonos en marcha. Y bajando á la cuadra, montaron en los caballos, tomando la direccion hácia el castillo,

Despues de hora y media de marcha hicieron alto, y, echando pié á tierra, metieron los caballos en la cueva ya referida. Allí descansaron un rato, y en seguida se dirigieron por el mismo camino que Francisco la noche anterior. Nada de particular los aconteció hasta que llegaron á las inmediaciones del castillo. El que mas se adelantó fué Fernando. Sus pisadas produjeron el sonido que la noche antes á Francisco. La puerta se abrió, y la serpiente asomó la cabeza. Fernando la esperaba, espada en mano, y en su izquierda se veia relucir la hoja de un agudo puñal. Los dos primos, como por instinto, al verla, se apretaron sus manos temblorosas, y permanecieron por algun tiempo asombrados, hasta que vieron que el jóven caballero, cuando se le aproximó el reptil, cambió de repente la espada por el puñal, y se arrojó sobre él. Ya le creian muerto los dos primos, cuando aquel se levantó, y les dice:

—¿No veis lo que es esto? una serpiente fingida, que al momento se ha convertido en nada. Espantados miraban al rededor, pero la serpiente habia desaparecido.

No habia vuelto de su estupor, cuando se presentó ante sus ojos un bravo y enfurecido toro , que parecia querer arrojarse sobre ellos. Su primera idea fué echar á correr y subirse á alguna de las alturas, pero al ver con el valor que el joven le esperaba, se detuvieron. En efecto. Fernando con su espada le acomete, y al irle á tirarle una estocada, el toro se desvaneció como el humo. Por tercera vez se abrió la puerta, y por tercera vez acometió el jóven contra un leon que solo el mirarlo horrorizaba. Dos ojos que echaban fuego, un rugido que amedrantaba, y sus melenas encrespadas, infundian pavor á cualquiera que no fuese nuestro héroe. Pero él deshizo, como por encanto, semejante vision.

Largo rato esperaron, por si algun otro ser fantástico aparecia, mas nada de nuevo se presentaba. Impaciente nuestro jóven, se adetanta, mas detuvo su paso una voz tan fuerte y áspera, capaz de aturdir al que la hubiera escuchado, y resonaron por los aires las siguientes palabras:—«*Mortal, deten tus pasos, mira que caminas al precipicio, al fin de la vida. No te guies por tu ins-*

tinto, pues las consecuencias de tu curiosidad serán el panteon. Medita y obedece la voz de tu destino.» El caballero esclamó con voz fuerte y sonora:—Mi destino es acometer empresas árduas y difíciles, y salvar á los inocentes que gimen cautivos en esa fortaleza. O me abres la puerta de ella ó teme mi furor. Ya iba á dar al traste con su génio cuando se abrió de repente la puerta. Infinidad de llamas aparecieron; pero el caballero no se intimidó, y diciendo: *Valientes, seguidme*, espada en mano se introdujo por entre el fuego devorador. Los dos primos iban á seguirle, pero al verle desaparecer, gritó Rodrigo: *Huyamos*, y echaron á correr. Llegaron hasta la cueva, tomaron sus caballos, y el del jóven imprudente, segun ellos decian, y galoparon hácia el pueblo. Dentro ya de la casa de Rodrigo, los dos pudieron respirar, y se retiraron juntos á descansar, porque tal era el pavor que los dos tenian, que no se encontraban seguros si se separaban.

VII.

LAS REVELACIONES.



MANECIÓ el siguiente dia. Se levantaron los dos primos, y contaron á la familia lo que la noche anterior les aconteciera, y la desgracia del jóven caballero que habia muerto por su temeridad. Como el miedo hace ver las cosas por un prisma de aumento, refirieron, abultaron, y tal alarde de valor presentaron, que todo el que hubiera presenciado los hechos, no los habria conocido por lo desfigurados que aparecian.

Las mujeres, que no deseaban otra cosa que el saber para ir á contárselo á todo el mundo, lo confiaron á las vecinas, estas á las otras, y en un momento se difundieron por todo el pueblo las funestas nuevas. Unos por curiosidad, otros por oirlo de la boca de los mismos que lo habian presenciado, corrieron á su casa. En un instante se llenó. Todos se quedaron con la boca abierta oyendo la relacion espantosa, las revelaciones terribles que los dos primos hicieron. Los unos oyendo y los otros contando, y todos reunidos estaban haciendo comentarios, cuando de pronto se percibió la voz de D. Fernando que llamaba á Rodrigo. Los dos primos se arrodillaron y empezaron á santiguarse; los demás os imitaron.—Señores, dijo Rodrigo, rezemos un *Pater noster* por el alma del jóven desgraciado, cuya voz nos ha venido á recordar que necesita de nuestras oraciones. Concluyeron el rezo, y segunda vez, aunque mas clara, se volvió á escuchar la misma voz.—Todos se sobrecogieron. Hubo un momento de silencio.

Tercera vez se oyó la voz del jóven. Entonces sacando fuerzas de flaqueza el bueno de Rodrigo, dijo con voz balbuciente y temblona: Alma de tan va-

liente señor, ¿qué me quereis?—Que vengas, mal mandado, contestó el jóven entrando en la cocina.

Al verle todos se tiraron por el suelo y se cubrieron las caras.—Arriba, señores: ¿qué creen, cuando de tal modo me reciben?—Pues qué, ¿no sois muerto? preguntó Francisco levantándose.—Ya ves que no, cuando aquí me presento. Entonces todos fueron recobrándose y se incorporaron. Llamó el caballero aparte á Rodrigo, y poco despues todos se retiraron, quedándose solos con Fernando.

—Señor, lo estoy viendo y no lo creo, dijo Rodrigo. Creíamos que á esta hora estariais en los profundos, ardiendo no, porque bastante os chamuscariais anoche.—No seais mentecatos; todo cuanto presenciásteis no es natural, es debido al talento de un hombre que merecia mejor suerte. Cuando presenciásteis mi entrada por entre las llamas nada me sucedió; aquel fuego no quemaba. Algun tanto desvanecido por la atmósfera, por el aire que se respiraba, no pude comprender al pronto lo que en mi alrededor pasaba. Repuesto, observé que me hallaba en el centro de un patio lo mas pintoresco, lo mas bonito. Estuve esperando largo rato, cuando se presentó un caballero armado de piés á cabeza.—Jóven temerario, me dijo, ¿estás dispuesto á medir tu fuerza con la mia?—Cuando aquí espero y me encontrais con el acero en la mano, creo que no he venido dispuesto á batirme.—Con todo, antes de dar principio al combate, debo aconsejaros que mediteis lo que vais hacer. Tiempo es todavía de que os retireis.—Prefiero mil veces la muerte antes que retroceder un solo paso.—Una vez que no quereis dar oidos á los consejos de uno que desea vuestro bien, empecemos.—Empecemos, contesté: y la pelea principió. Poco tiempo duró, porque en un descuido que tuvo le herí, derribándole en tierra. Entonces me aproximé, y viendo que la herida no era grave, le incorporé y dí voces para que vinieran en su socorro. Al punto acudieron, y gracias á una bebida que le hicieron tomar, fué volviendo en sí. Lo primero que hizo fué mirar á su alrededor. Fijó la vista en mí, y apretando mi mano, dijo: «Gracias, jóven, sois, á la par que valiente, generoso con el vencido.» Y le retiraron de aquel sitio.

No habria tenido tiempo de llegar con el herido á su cuarto, cuando se presentó un caballero armado, y me insinuó por señas que le siguiera. Obedecí, y marché en pos de aquel enviado. Pasamos una galería preciosamente adornada; subimos por una escalera alfombrada y cubiertos sus costados de olorosos tiestos; entramos en un salon que al punto conocí seria de armas por el sin número de ellas que de sus paredes colgaban, habiendo en sus rincones trofeos de ellas dispuestos con mucho gusto. Hice alto, á instancias de mi conductor, y aquel desapareció. Al poco rato se me volvió á presentar, señalándome la entrada de otro aposento. Comprendí la seña y entré.

Un salon, magníficamente adornado, vino á sorprender mi curiosidad. Muebles esquisitamente construidos, adornos preciosos, y, sobre todo, una coleccion de cuadros que cada uno de ellos era una maravilla, aumentaron mi asombro de tal modo, que me creia trasladado á uno de esos salones fantásticos que con tanta gracia nos suelen retratar algunos escritores. Embebecido con tanto primor, en nada pensaba, hasta que me hizo salir de mi embeleso la voz de otro enmascarado que se hallaba recostado en un sillon. Vuelto en mí, y dirigiéndome al desconocido, le dije: Perdonad, caballero, pero tantas y tan preciosas cosas encierra esta habitacion, que cual un niño estaba contemplándolas.

—Estais perdonado. Pero hablando de otra cosa: ¿me hareis la merced de decirme cuál es la causa que os ha inducido á presentaros en este castillo, salvando los precipicios que le circunden, y arrostrando todos los peligros que se os han presentado?

—Permitidme que antes que conteste á vuestra pregunta, os haga yo algunas que me son de todo punto necesarias para poder acceder á vuestros deseos.

—Estais autorizado para hacerlas.

—Pues siendo así, con vuestro permiso empiezo. Decidme, caballero, al entrar en este salon, al estar en vuestra presencia, ¿cómo soy recibido, como vencedor ó como vencido?

—Ni lo uno ni lo otro. Como vencedor era muy difícil, porque todavía mando alguna gente, la suficiente para concluir con vos y con otros mas.

—Dispensad que os interrumpa; si es que con vuestras espresiones, con vuestro poder y con vuestra gente creeis intimidarme..... os equivocais, caballero.

—No es mi ánimo hacer alarde de fuerza ni de valor. Pero habeis llegado adonde ningun otro lo ha verificado, y ese heroismo ha sido lo suficiente para llamar mi atencion, interesarme por vos, y os suplico que si no os sirve de molestia, os acerqueis mañana á este palacio.

—¿A qué hora?

—A la que gusteis.

—¿Me dais palabra de que me recibireis sin antifaz, pues de lo contrario no cedo en mis averiguaciones?

—Os la doy.

—Pues siendo así, me retiro. En aquel instante el reloj daba las dos. Fuera del salon, me salió al encuentro mi anterior guía, el cual me acompañó hasta la salida del castillo. Pero cuál fué mi admiracion al ver que mi conductor me presentaba un caballo que tenia del diestro otro de los enmascarados, diciéndome: «este es un presente que os hace mi amo y señor.» Gracias, le contesté, y montando me despedí de aquellos criados, y reconocí la cueva por ver si en ella estábais, y viendo que no, llegué á casa. Como encontré la puerta abierta, llevé el caballo á la cuadra y me retiré á mi habitacion, hasta que esta mañana, necesitando de vos, os llamé.

—Y por cierto que todavía no me ha salido el susto del cuerpo.

—Desengáñate, Rodrigo, mientras no te se quiten de la imaginacion esas ideas que te has creado de fantasmas y visiones, siempre serás un cobarde. Vaya, ahora arréglame el caballo de anoche, y no te descuides, que tengo que marchar.

—Sí, yo te ayudaré; con eso veremos el regalo, dijo Francisco, y se retiraron.

El ruido producido por las pisadas de un caballo dió á entender que el jóven se alejaba.

VIII

LOS SECRETOS.

Tomó Fernando la direccion del castillo, donde se introdujo sin experimentar el menor obstáculo, y en el mismo salon que fué recibido la primera vez, en el mismo fué recibido esta otra.

El enmascarado, tan pronto como le avisaron que el jóven esperaba, cuando él mismo salió á recibirle.

—¿Habeis descansado de las fatigas pasadas?

—Sí, señor. Mas, dispensadme si antes de todo os pregunto por la salud del que se batió conmigo. ¿Está mejor?

—Sigue felizmente, la herida no es cosa de cuidado.

—¡Gracias, Dios mio! Cumplí con el deber de un caballero; ahora me teneis

á vuestra disposicion por todo el tiempo que gusteis, con tal que me cumplais la palabra que me disteis.

—Antes de hacerlo me permitireis que os interpele.

—Podeis hacerlo.

—¿Teneis padres?

—Lo ignoro completamente; soy huérfano.

—¿Luego debemos creer que ya no existen?

—Así lo creo.

—Pues bien, juradme por las cenizas de vuestros padres, que á nadie revelareis los secretos que yo os confíe.

—Lo juro, pronunció el jóven haciendo la señal de la cruz.

—Creo que no sereis perjuro.

—Ningun caballero español falta al juramento que hace, ¿entendeis?

—Si.

—Y cuando encuentra uno que duda de él, su espada es solo la que suele responder.

—Para daros una prueba de lo que por vos me intereso, *hé aquí mi rostro;* y se arrancó el antifaz.

El caballero admiró á un anciano de barba blanca, rostro hermoso, delicado, frente tambien hermosa y espaciosa, mirada dulce y cariñosa, si se quiere, en algunas ocasiones severa. Su figura daba á entender lo noble de su cuna, pues á la simple vista se conocia lo mucho que habia sido y lo acostumbrado que se hallaba á mandar, pero con dulzura, con dignidad.

—Jóven, ya he cumplido con mi palabra.

—Así es, caballero: preguntadme, que todavía está por ver la primera vez que yo haya faltado á ella.

—Siendo así, tomad asiento, y decidme: ¿cuál fué el motivo de vuestro ataque nocturno?

—Señor, ya os dije que era huérfano; de vez en cuando recibo lo suficiente para mis gastos, sin saber quién me lo envía. Cansado de la vida sedentaria, aprendí á jugar toda clase de armas, me equipé, y en un caballo salí á correr el mundo. Como nunca me cuidaba, dejaba al acaso la direccion de la ruta que debia seguir, ó mejor dicho, mi caballo era la guía y yo iba atenido á su voluntad. La casnalidad, como dejo referido, era mi norte, mi estrella. A ella debo el gusto de verme en vuestra noble presencia. Dos aldeanos me refirieron escenas tan curiosas, por no decir tan sobrenaturales, que excitaron mi curiosidad, y hé aquí el motivo ó causa de aproximarme á vuestro castillo. Lo demás ya lo sabeis. Ahora me corresponde el preguntaros: ¿estais satisfecho?

—En prueba de que lo estoy voy á referiros mi historia, lo mas estractada que pueda.

—Este anciano que veis ha sido rey de uno de los Estados mas pequeños que existen, y, sin embargo, el mas floreciente. A los pocos años de poseerle, dije mal, de heredarle, me casé

Al año y medio dió mi esposa á luz una hija tan bella como la madre. Se me habia pasado el deciros que mi futura fué negada á otro rey mucho mas poderoso que yo, y que sus provincias lindaban con las mias. Queridos y amados de nuestros vasallos disfrutamos dias felices. Mas la desgracia vino á privarnos de la única ventura que en los reinos existe, la paz; pues el rey mi vecino, envidioso de nuestra dicha, puso en estado de guerra bastante número de hombres, y cuando mas descuidados estábamos, entraron por mis Estados á sangre y fuego. Como nunca faltan traidores, hubo algunos ambiciosos que secundaron su plan y le ayudaron, quizá los que mas me adulaban y mas bajezas hacian.

Perdí mis pocos fuertes y castillos. Los leales murieron combatiendo y los malos se pasaron, engruesando las filas del enemigo. En tal estado solo nos quedaba un remedio, la huida. ¡La huida! caballero: ¡si supiérais lo que sufrí!... Pero, por fin, pudo mas el amor de padre y de esposo que el de defender hasta morir el trono heredado de mi familia.

Llegamos á un puerto donde me esperaba un buque; y... ¡oh infamia! Mientras que en una lancha conducia á mi hija al único refugio, á la nave, se arrojan sobre mi esposa y la hacen prisionera, llevándosela entre la mayor gritería y confusion. Mi primera idea fué abandonar mi hija é ir á defender á mi esposa... mas los pocos fieles que me quedaron me lo impidieron, y partimos. Gracias á una enfermedad que me postró en cama, dejándome sin fuerzas, fué debido el que yo me serenase, de lo contrario el suicidio hubiera sido el término de mis infortunios. Arribamos por una casualidad á este sitio tan pintoresco é inaccesible, desembarcamos, y entre todos se ayudó á fabricar el palacio en que os he recibido.

—Y decidme, caballero, ¿habeis tenido noticia de vuestra esposa, de vuestro reino?

—Todo sigue de la misma manera, y mi pobre esposa prisionera.

—No estraño, señor, que vuestros cabellos se hayan vuelto blancos, pues los padecimientos que habreis pasado habrán sido terribles.

—Solo Dios y yo que los he sufrido podemos decirlo.

—¿Qué premio daríais, señor, al que os restituyese el trono y os devolviese á vuestra esposa?

—¿Qué premio?... ninguno, porque eso es un imposible.

—Sin embargo, si uno se hallase que pudiera hacerlo, ¿qué recompensa le daríais?

—La que él me pidiese.

—¿Confío en que la palabra de un rey es una verdad?

—El desconfiar de mí es ultraje á mi persona.

—Perdonadme, señor; tan grande es el favor que os iba á pedir, que temo cuando llegue la ocasion que me lo negueis.

—Pues qué, ¿sois vos el que va á tomar sobre sí la responsabilidad de tamaña empresa?

—El mismo.

—Jóven, delirais... os compadezco.

—Dejad de compadecer y respondedme: ¿teneis confianza en mí?

—Sí.

—Pues dadme los nombres de todos los que fueron adictos.

—Venid conmigo á esta pieza inmediata. Y los dos desaparecieron.

Despues de media hora volvieron á presentarse; el anciano decia:

—¿Con que dentro de quince dias?

—Quince dias. Estad preparados y con las lanchas dispuestas. Solo me resta que por despedida me deis un abrazo.

—El anciano abrió sus brazos y le estrechó con efusion diciéndole: *Dios os guie.*

El jóven se desprendió de los brazos del anciano, y este se retiró llorando como un niño.

IX.

LA DESPEDIDA.



Se hallaba impaciente la *Hermosa de los Cabellos de Oro*, esperando que el reloj diese las doce. Como la noche antes no habia parecido el jóven Fernandor temia por su vida; pero el corazon, que rara vez nos engaña, la decia que su amante vendria, y así sucedió.

Dieron las doce, y Fernando apareció á los pies de su amada.

—Cuánto me habeis hecho padecer, caballero.

—Mucho lo siento, hermosa mia, pero anoche me fué imposible el venir; pero veo que no nos tratamos con el cariño de dos amantes verdaderos.

—¿Por qué?

—Porque nos damos tratamiento, una vez que nos hemos jurado *amor eter no*

—¡Oh, sí, amor eterno!

—Pues siendo así dejemos de tratarnos como desconocidos, y hagámoslo como si fuésemos hermanos.

—Dices bien.

—Así me gusta. ¿No sabes, bella mia, que vamos á ser felices dentro de unos dias? y aunque nuestra despedida es ahora, mi ausencia no durará mas que quince dias.

—Y qué, ¿te parece poco quince dias?

—No, querida Tarsila; pero si despues de esos dias fueses tan feliz y venturosa que no hubiera quien se igualase á tí, ¿te parecerian largos?

—No, aunque lejos de tí...

—¿Y si es para nuestro bien, para nuestra mútua felicidad?

—Entonces...

—Qué?

—Me resignaría.

—Tus últimas palabras me han llenado el corazon de placer; poco he de poder, ó dentro de breve tiempo has de elevarte tanto, ángel mio, que cueste trabajo mirarte.

—Y dime, ¿cuándo es tu marcha?

—En el momento.

—¿Tan pronto?

—Sí, amada mia, es cosa que te interesa mucho para que yo lo suspenda. Solo me resta que pedirte un favor.

—Concedido. ¿Cuál es?

—Una prenda de cariño, una trenza de tus cabellos.

La *Hermosa* tomó de la mesa unas tijeras, y dándoselas á su amante le presentó su preciosa cabellera. Fernando cortó una trenza pequeñita, y despues ,de besarla la encerró en una cajita que la jóven tenia, y la guardó en el pecho, colocándola al lado del corazon. Entonces cogiendo á su amada de la mano renovaron su juramento, y despues de darse un abrazo partió el jóven hácia el eino de... y la hermosa á llorar la ausencia de su querido amante.

X.

EL REGRESO.—CONCLUSION.



NA contínua série de temores y de esperanzas fué para la hermosa jóven la ausencia de su amante; pero los dias pasaron, y llegó felizmente el tan deseado. Todo en el castillo eran preparativos. Desde por la mañana se dieron órdenes que se ponian en ejecucion en el momento. Las lanchas estaban preparadas para cuando se oyese la señal. Dos centinelas que ocupaban las dos torres del castillo, desde cuyo punto se dominaba aquella parte del Océano, estaban vigilantes esperando ver ó distingir el punto negro que se observa cuando una embarcacion se empieza á presentar.

Mientras que dejamos cumpliendo con sus deberes á los varios dependientes del castillo, escuchemos lo que pasa en el gabinetito de la *Hermosa de los Cabellos de Oro.*

Esta se hallaba sentada, y frente á ella el enmascarado.

—Y bien, decia la jóven, ¿no me contestais?

—¿Qué quieres que te diga? Demasiado debes comprender lo que en mi pecho pasa.

—Siempre me decís lo mismo. Estoy decidida; quiero conocer ó por lo menos saber cuáles son los autores de mi vida. Este será el único favor que os pida. Concedédmelo, señor; ¿me negareis la gracia que os implor o?

Fuera de sí el anciano, arrojó la máscara con que por tantos años se cubria, y esclamó: ¡Tú implorar en vano por mas tiempo, ángel mio! ¡No ¡soy tu padre!

—¡Vos mi padre! Y la jóven se precipitó en los brazos paternales, que se abrieron para recibirla.

Repuesto padre é hija, volvió esta á tomar la palabra.

—Decidme, querido padre, ¿por qué habeis guardado tanto tiempo el incógnito?

—Ese, hija mia, es un secreto que no te puedo revelar porque no ha llegado la hora.

—Y mi querida madre, ¿dónde está?

—Ese es otro secreto.

—Está visto, señor, para mí todos son secretos.

—No, querida mia, muy pronto dejarán de serlo para tí.

No bien concluyó de pronunciar la última sílaba, cuando se oyó la señal convenida de los vigías. Al escuchar la detonacion, el padre pega un salto, arroja la túnica y se presenta en traje de rey.

—Abrázame, hija mia, somos felices. La hija, al ver la trasformacion del padre, fué á perdirle esplicaciones; pero este no contestó, sino que la dió un beso y se marchó al salon donde se hallaba parte de su gente vestidos elegantemente.

Poco rato tuvieron que aguardar: el ruido de la gente que subia llegó hasta donde ellos se encontraban. El primero que se presentó dando la mano á una señora como de unos treinta y ocho años, fué el jóven Fernando.

Al reconocer á la dama, gritaron todos quitándose las gorras: ¡Viva la rei-

na! Los dos esposos se echaron en brazos el uno de otro. Decir lo que aquellas dos almas gozarian, es un imposible para nuestra pluma.

Posteriormente entraron todos los vasallos leales que acompañaron á Fernando á rendir homenaje á su rey. Señor, esclamó el jóven, he conseguido la gloria de reconquistar el trono que heredásteis de vuestros antepasados. Los pueblos os han reclamado por rey, y en prueba de ello dignaos recibir á sus embajadores. Pasad, señores.

El rey los admitió, y en un breve y enérgico discurso les dió gracias, prometiéndoles paz, ventura y felicidad, con cuyas palabras quedaron todos satisfechos; y dirigiéndose á Fernando, le dijo:

—Jóven, el rey manda que pidais la recompensa de vuestros servicios.

—Señor, nada valen en comparacion de lo que tengo que pedir á V. M.

—Pedid.

—La mano de vuestra hermosa hija.

—¿Y sabeis si ella admitirá?

—La hija del rey admite con el beneplácito de sus padres, pronunció la jóven presentándose en el salon.

Despues del reconocimiento de la madre y de la hija, la reina habló:

—Yo abogo desde luego porque se le conceda su mano; pero sin la aprobacion de mis nobles y vasallos nada decidiré.

—Señores, gritó el rey, vosotros habeis presenciado los méritos de este jóven; ¿aprobais esta eleccion?

—Sí, contestaron todos llenos de entusiasmo.

—Pues Dios os haga felices.

—Resta solo pediros un favor, gran señor, dijo Fernando.

—¿Y cuál?

—Que se pongan en libertad cuantos cautivos existan en el castillo, en celebridad de tan fausto dia.

El rey dió la órden, y al poco rato quince infelices se retiraban contentos y satisfechos con su libertad. Notó Fernando que uno de ellos llevaba un relicario que le llamó la atencion, y le dijo: caballero ¿quién os ha dado esa joya?

—¿Quién?.... nadie.... es mia....

—¿Vuestra?

—Sí, señor; ¿por qué me haceis esa pregunta?

—Porque tengo yo otra igual, miradla: y se la presentó al caballero. Despues de reconocerla, esclamó:

—¡Ah, no hay duda.... es.... mi hijo! Y los dos se abrazaron.

El rey interrumpió el silencio consiguiente á tan raro reconocimiento, preguntando:

—¿Y quién sois vos, caballero?

—Yo soy el conde de Castilla, y este es mi hijo.

—Pues yo soy rey de.... Al mismo tiempo tengo que deciros que vuestro hijo será mi heredero, pues se casará con mi hija. ¿Dais vuestro consentimiento?

—Con el mayor gusto.

—Pues acompañadnos á tomar posesion de mi trono, y luego despues de verificado el matrimonio de nuestros hijos, partireis para vuestros Estados.

A los dos meses se verificaba en uno de los templos de la capital de.... el enlace de la hija del rey con el jóven Fernando. El pueblo los recibió con las mayores muestras de cariño y gratitud.

Los jóvenes esposos vivieron felices y venturosos, heredando á la muerte de sus padres el trono que estos les dejaron.

FIN.